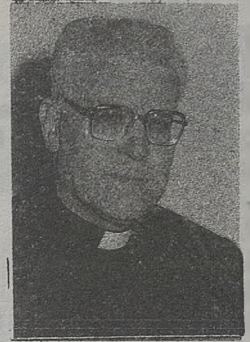




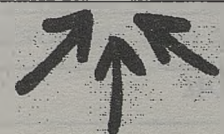
CARTA DEL SR. OBISPO



Dos ejes de la vida evangélica de la Iglesia se dan cita en este domingo: la eucaristía y la caridad

La mejor veneración de la eucaristía es la comunión; el mejor cumplimiento del lavatorio es el amor

La caridad de un cristiano no es una cuestión voluntaria



Queridos hermanos:

Dos ejes de la vida evangélica de la Iglesia se dan cita en este domingo: *la eucaristía y la caridad*. Dos realidades cristianas con raíces comunes. Cuando celebramos la Eucaristía, en el momento de iniciar el relato de la institución del sacramento, se nos recuerda que "habiendo amado Jesús a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo".

Un amor hasta el extremo es el alma de la Eucaristía. Porque un amor hasta el extremo fue el alma de la vida, muerte y resurrección del Señor, que en la Eucaristía se nos hace presente y actual. Aquella entrega de Jesús "hasta la muerte, y una muerte de cruz"; aquella "resurrección para nuestra justificación"; fueron y son la mayor manifestación del amor de Dios a los hombres: "tanto amó Dios al mundo que le entregó a su único Hijo para que lo salvara", nos recuerda San Juan.

Un amor hasta el extremo es el antecedente que el mismo IV Evangelio sitúa antes de narrar el lavatorio que hace Jesús de los pies de sus discípulos en el contexto de la última Cena. Y si, después de la institución de la Eucaristía, el Señor manda a los apóstoles: "haced esto en conmemoración mía", después del lavatorio, les advierte: "haced vosotros lo mismo".

Al igual que la mejor veneración de la Eucaristía es *la comunión*: "tomad y comed; tomad y bebed", el mejor cumplimiento del lavatorio es *el amor*. "que os améis los unos a los otros como yo os he amado". Otra veneración de la eucaristía corre el riesgo de quedarse solamente en el cumplimiento externo; así como al ejercicio de la caridad le puede acechar también una realización puramente formal: "aunque repartiera todos mis bienes a los pobres, si no tengo amor, de nada me sirve".

Sólo cuando somos capaces de insertar el amor a los pobres en la entrega "hasta la muerte" del Señor, haciendo de nuestra propia entrega una ofrenda para los demás, en el Señor..., sólo entonces "Celebramos la eucaristía" y "amamos a los demás" con el mismo amor con que el Señor nos amó hasta el extremo.

Es ése uno de los *rasgos característicos* de la caridad cristiana. Nos lo recuerda Juan Pablo II en su exhortación al comienzo del nuevo milenio: "la nueva imaginación de la caridad" —nos dice— debe promover "no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacemos cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda no sea percibido como una limosna humillante, sino como un compartir fraterno".

El Día Nacional de Caridad, que promueve Cáritas en toda la Iglesia española, insiste positivamente en la *dimensión recíproca* de la acogida y el agradecimiento. Un "gracias por aceptarme" que recorre un camino de ida y vuelta. Agradece no sólo quien recibe; agradece también el que da. Y unos y otros lo hacemos no para poner la solidaridad fraterna en el nivel de las cosas que realizamos "sin que nadie nos obligue". La caridad de un cristiano no es una "cuestión voluntaria". Es más bien, una "cuestión de sencilla coherencia". Se trata de una "obligación voluntariamente asumida" en el seguimiento de Cristo. De nuevo nos lo recuerda Juan Pablo II en el mismo documento: "si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir, sobre todo, en el rostro de aquellos con quienes él mismo ha querido identificarse": en los pobres. Aunque nadie nos diera las gracias, nuestro corazón debe estar siempre disponible para la aceptación cercana y fraterna. Así se construye la reciprocidad de la mutua acogida.

Vuestro Obispo